

ELLAS
LAS ESTUDIANTES
DE LA RESIDENCIA DE SEÑORITAS

Encarnación Lemus López

ELLAS
LAS ESTUDIANTES
DE LA RESIDENCIA DE SEÑORITAS

CÁTEDRA
HISTORIA. SERIE MAYOR

1.ª edición, 2022

Ilustración de cubierta: Jardín de la Residencia de Señoritas
en la calle Fortuny de Madrid.
© Archivo de la Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Encarnación Lemus López, 2022
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 23.206-2022
I.S.B.N.: 978-84-376-4517-9

Printed in Spain

A mi madre, Ana Rosa Guadalupe

INTRODUCCIÓN
LA RESIDENCIA DE SEÑORITAS,
UN MUNDO DE CARTAS

Las investigaciones, a veces, comienzan de forma inesperada; a veces también, la narrativa cobra su propio impulso y el resultado final coincide poco con los primeros planteamientos: así ha sucedido en este caso. Para conmemorar en el año 2010 el centenario de la libertad femenina para estudiar en cualquier nivel de la enseñanza —antes no era posible de manera oficial—, incluido el universitario, me invitaron a impartir una conferencia sobre el tema. Quise complementar palabra con imagen y, de entre las fotografías, una me gustó particularmente porque para mí representaba el alegre disfrute de la lectura: en ella un grupo de jóvenes sonrientes leían sentadas en unos bancos, a la sombra de un cedro frondoso en el jardín de la Residencia de Señoritas. Tiempo después, acudí a la Fundación Ortega Marañón para seleccionar algunos documentos que necesitaba en unas clases de máster... Allí seguían los bancos, los cedros y el jardín. Dada la intensa labor de la excavadora y el cemento en la historia española de la segunda mitad del siglo xx, aquella supervivencia me pareció tan milagrosa como el que se hubiera conservado el Archivo de la Residencia de Señoritas¹. Lo que se pensó como una tarea docente se convirtió en una larga investigación con la que he disfrutado tanto como aquellas *señoritas* de la fotografía con sus libros.

Como apuntaba, en 1910 se levantó la restricción para que las españolas pudieran ingresar oficialmente en todos los niveles de la educación y se concede por tanto la libertad de acceso a la Educación Superior. Por entonces, en el curso 1909/1910, 21 españolas estudiaban en las aulas universitarias y, de hecho, entre 1910 y 1920 su presencia siguió siendo más bien anecdótica, pero la Residencia consiguió implantar a lo largo de la década de los veinte un nuevo modelo de mujer, como recogía un artículo de *ABC*, «Las que estudian»². En contraste, hacia 1910 en Estados Unidos había 140.000 alumnas en la Educación Superior, lo que suponía un 39,6 por 100 del total del alumnado, y en Francia, el país vecino, en 1914 la mujer aportaba el 6 por 100 a la población universitaria³.

¹ Cuya existencia había sido destacada por Rosa M.^a Capel, «El archivo de la Residencia de Señoritas», *CEE Participación Educativa*, núm. 11 (julio de 2009), págs. 156-161.

² «Las que estudian. En la Residencia de Señoritas, hablando con María de Maeztu», *ABC*, 7 de abril de 1929, págs. 15 y 16.

³ La comparativa internacional con el nivel de acceso de las mujeres a la universidad en otros países está presente en Mercedes Montero, *La conquista del espacio público: mujeres españolas en la universidad (1910-1936)*, Madrid, Minerva, 2009.

Cuando comienza el curso 1915/1916 y abre sus puertas la Residencia de Señoritas había 145 universitarias en todo el país, de las que unas 60 estudiaban en la Universidad Central de Madrid, muchas todavía por libre, sin desplazarse a la capital salvo en la etapa de los exámenes. La nueva Residencia comenzó con tres estudiantes, aunque al terminar ese primer curso ya fueran treinta, si bien solo tres seguían estudios universitarios. En realidad, como entonces se reconoció, la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) no buscaba, con la apertura del centro, responder a una demanda ya creada, sino, por el contrario, que la posibilidad de residir en un marco cómodo, agradable y seguro animara a las jóvenes españolas a proseguir con su educación. Es esa una interpretación que se ha venido repitiendo desde que María de Maeztu lo declarara en una preciosa entrevista que le hizo la residente y periodista Josefina Carabias⁴. Suponía una apuesta educativa para formar jóvenes cultas, independientes, con un proyecto de vida profesional y capaces de pensar y decidir por sí mismas. Una iniciativa inmersa en la visión regeneracionista de la Institución Libre de Enseñanza (ILE), que buscaba la transformación de la sociedad a través de su educación y optaba, y esto era fundamental, por impulsar la educación femenina como una base alternativa desde la que construir un nuevo proyecto de sociedad, desengañados como estaban los regeneracionistas de esa sociedad patriarcal, corrupta, que había llevado al fracaso de España como nación en 1898.

En 1910 se había fundado la Residencia de Estudiantes, dirigida hasta 1936 por el malagueño Alberto Jiménez Fraud. Fue una creación emblemática de la Junta para Ampliación de Estudios, cuya existencia quedó ligada al florecimiento cultural de la Edad de Plata. En 1915, el Grupo Universitario —el masculino— dejaba su antiguo emplazamiento en la calle Fortuny para instalarse en su definitivo marco de la *Colina de los Chopos*, donde lo contemplamos hoy. Los espacios que dejaban los jóvenes pasarían a ser ocupados por las recién llegadas. Con el tiempo, por compra y, sobre todo, por su acuerdo con la institución colindante —el International Institute for Girls in Spain, una institución norteamericana que llevaba desde el siglo XIX impulsando la enseñanza de la mujer en España⁵—, ocupó la manzana que formaban las calles Miguel Ángel, Fortuny y Rafael Calvo y en cuyo interior un gran jardín comunicaba los diferentes hotelitos.

⁴ Josefina Carabias, «Las mil estudiantes de la Universidad de Madrid», *La Estampa*, núm. 285, 24 de junio de 1933.

⁵ Montserrat Huguet, «Desembarco en tierras papales: educadoras estadounidenses en España en el tránsito entre siglos (1877-1931)», en F. Villacorta, *Modernización no democrática: Estado y actores sociales*, Madrid, CSIC, 2012. La evolución del International Institute y su estrecha vinculación con la Residencia han sido magistralmente analizados en Pilar Piñón, *Go West Young Woman! Redes transatlánticas e internacionalismo cultural: las mujeres como protagonistas del intercambio académico entre España y los Estados Unidos (1919-1939)*, tesis doctoral, Departamento de Historia Social y Pensamiento Político, Madrid, UNED, 2015.

Al abrir, la Residencia aceptaba jóvenes que estudiaran en distintos centros de enseñanza —la Escuela Superior del Magisterio, el Real Conservatorio—, prepararan oposiciones o, incluso, que solo quisieran mejorar su cultura general, pero siempre estuvo claro el objetivo de estimular intelectualmente a las mujeres y de orientarlas en su ingreso en la universidad. A finales de la década de los años veinte, la casa alcanza su plenitud y queda estructurada en cuatro grupos (Rafael Calvo, Fortuny 30, Fortuny 53, Miguel Ángel 8). Al frente de cada uno había una responsable que solía ser una de las antiguas alumnas. En el período republicano, el número de residentes se acerca cada curso a las trescientas. Entonces sí, la mayoría de sus moradoras asistía a las clases de la Universidad Central y cada día un autobús hacía el trayecto entre Fortuny y la Ciudad Universitaria. Se había logrado con creces el propósito que guio a la JAE al querer impulsar la presencia femenina en la universidad. Como se irá viendo en las páginas que siguen, el proyecto de la Residencia resultó un éxito indiscutible y las mujeres —como hoy se viene reconociendo— también formaron parte de aquella brillante y creadora Generación del 27.

Obedeciendo a su nombre, se trataba de un alojamiento, pero en su planteamiento todo era nuevo; María de Maeztu buscó un ambiente moderno y, a la vez, distinguido, que rompiera con el estilo y recordara los centros anglo-norteamericanos, pero, al tiempo, que no perdiera un cierto carácter de hogar. Como escribe la residente Carmen de Zulueta:

[Las estudiantes] vienen de hogares que tienen como modelo, en el mejor de los casos, salas que solo se abren cuando viene una visita de cumplido; comedores donde no se come, con aparadores de caoba tallada, con plata regalada en la boda, o en muchas bodas de diferentes generaciones y que nunca se usa más que en algún cumpleaños o funeral; copitas talladas donde se escancia el jerez dulce o el vino de Málaga, en ocasiones.

Al llegar, entraron en contacto con otro estilo: «alegres cortinas de cretona que se corren para que entre la luz del sol. Hay estanterías con libros que se leen y algún cacharrito de Talavera con flores silvestres cogidas en la sierra. En las paredes cuadros que reproducen obras famosas vistas en el Museo del Prado»⁶.

Esa descripción puede ser tomada como una metáfora de lo que supuso abrir las ventanas de la vida y dejar que entraran el aire y la luz del sol en las jóvenes mentes. Una transformación que rápidamente se percibía en su aspecto exterior; chicas llegadas de los pueblos de España vivían una metamorfosis, su arreglo sacrificaba el largo de la falda y el moño en el altar de la moda, se depilaban las cejas,

⁶ M.^a Josefa Lastagaray, *María de Maeztu Whitney: una vida entre la pedagogía y el feminismo*, Madrid, La Ergástula, 2015, pág. 122.

incorporaban el uso del colorete y el rímel, al tiempo que una renovación más profunda se iba operando en el interior, tal como describió para la prensa una de ellas, Carmen de Munárriz⁷.

Pero la Residencia fue también, desde el comienzo, mucho más que un alojamiento, funcionó como centro de enseñanza en el que se impartían los más variados cursos: de arte y dibujo, de artes aplicadas como el repujado en metal y la encuadernación de libros, de cultura general, música y piano, de economía y contabilidad y otros; además, sobre todo ello, fue cobrando el máximo prestigio la formación especializada en lenguas modernas —inglés, alemán y francés—, en biblioteconomía, en pedagogía y filosofía y las clases prácticas en el laboratorio. La dedicación al estudio se complementaba con una de las más ricas ofertas culturales de las que dispuso Madrid en los años veinte y treinta. Se organizaban múltiples actividades —conferencias, lecturas poéticas, conciertos y representaciones teatrales—, además de otras iniciativas formativas más lúdicas, como las continuas visitas a los museos y espacios artísticos de la capital, los viajes a Toledo, Andalucía, Barcelona, Marruecos y, finalmente, a París en abril de 1934. Siguiendo la orientación de la ILE, esta concepción de la cultura no descuidaba la naturaleza ni la vida sana y deportiva, así que se organizaban excursiones a la sierra madrileña y se estimulaba la práctica del deporte, como el tenis, o la organización de los equipos de baloncesto y *hockey* femeninos que tuvo la Residencia [véase imagen 3].

Raquel Vázquez Ramil ha destacado, particularmente, la vida cultural del centro en el período republicano, caracterizándola como una experiencia «entre la alta cultura y el brillo social» y señala la calidad de los actos que tuvieron lugar en sus salones, particularmente en el paraninfo de la calle Miguel Ángel, donde, por ejemplo, el 26 de enero de 1931 Rafael Alberti hizo una lectura de *Santa Casilda*, un joven Federico García Lorca presentó por primera vez en público su *Poeta en Nueva York* el 16 de marzo de 1932 y el 26 de abril de 1933 Victoria Kent conferenció sobre «Rutas femeninas»⁸. No solo ellos, en general los nombres más destacados en el campo de la ciencia y la cultura española pasaron por la Residencia: Ortega y Gasset, Zubiri, José Bergamín o Pedro Salinas, entre otros, fueron asiduos conferenciantes en sus salones, donde también comparecieron Gabriela Mistral o Victoria Ocampo.

⁷ Carmen de Munárriz, «La Residencia de Señoritas en la intimidad», *Estampa*, año 3, núm. 118, 15 de abril de 1930, págs. 26-29.

⁸ Raquel Vázquez, «La Residencia de Señoritas de Madrid durante la II República: entre la alta cultura y el brillo social», *Espacio, Tiempo y Educación*, vol. 2, núm. 1 (2015), págs. 323-346, doi: <https://dx.doi.org/10.14516/ete.2015.002.001.016>. Esta investigadora realizó su tesis sobre la Residencia: *Mujeres y educación en la España contemporánea: la Institución Libre de Enseñanza y la Residencia de Señoritas de Madrid*, Madrid, Akal, 2012. Estos trabajos y otros posteriores me han sido de gran ayuda.

En su interior surgieron las instituciones culturales femeninas que definen la llegada de la mujer a la esfera social de la cultura en los años veinte, en especial el Lyceum Club y la Federación Española de Mujeres Universitarias —FEMU—, que tuvieron a María de Maeztu en sus respectivas presidencias. Algunas residentes figuraron en el comité que organizó el congreso de 1928 de la International Federation of University Women —que había nacido en 1919— en Madrid. Pero si algo distinguió y prestigió singularmente a la Residencia de Señoritas fue la dimensión internacional del proyecto, es decir, la sólida red de conexiones internacionales con Europa y los Estados Unidos. El funcionamiento de la Residencia y el tipo de enseñanza recibida son inseparables de su conexión con el International Institute for Girls in Spain, el centro norteamericano vecino, como señalé, en el que previamente ya era profesora María de Maeztu, con el que colaboró en un objetivo común, trabajar por la Educación Superior de las españolas, y con el que se fusionó espacial e institucionalmente, de forma que, como ya se ha dicho, tanto por arrendamiento como por compra, la Residencia anexionó los edificios del Instituto Internacional en España y negoció con la institución norteamericana un fructífero acuerdo de intercambio. Desde 1919, las norteamericanas que quisieran venir a estudiar español se alojaban y podían recibir clases en la Residencia; al tiempo que diversos *colleges* femeninos —Smith, Vassar, Barnard, Wellesley, entre otros, organizados en el llamado *Comité de Boston*— ofertaron becas para que las jóvenes españolas pudieran estudiar allí. Esta colaboración supuso un éxito sin precedentes y de inmediato repercutió, unido al esfuerzo de la propia Residencia, en la aparición de la primera generación de mujeres científicas españolas.

Nunca se insistirá bastante en el impacto cultural que ocasionó este encuentro en el marco de la Residencia. Las profesoras y estudiantes norteamericanas dieron clases de inglés en el centro y de gimnasia rítmica y deportiva; más allá de eso, la convivencia fraguó el enriquecimiento mutuo y la amplitud de miras. Además, desde el Comité de Boston llegaron fondos para dos recursos sustanciales de la Residencia, la biblioteca y el laboratorio. Si tiene valor este intercambio de culturas a través de la convivencia, lo adquiere más al observar que no fueron las norteamericanas las únicas extranjeras que cohabitaron con las residentes españolas en la casa; en el prestigioso centro encontraron acomodo profesoras y estudiantes de español llegadas de múltiples países de Europa y, como contraparte, con pensión de la JAE o sin ella, las españolas no se quedaron atrás a la hora de encontrar nuevos horizontes internacionales en los que completar su formación, como se verá al final de este ensayo. Todo esto sucedía en una Europa que tras la Primera Guerra Mundial buscaba, a través de la Sociedad de Naciones, el refuerzo de la paz y la internacionalidad.

La biblioteca ocupó el espacio que tenía la del International Institute en Miguel Ángel 8. Se consideraba el corazón de la Residencia porque era el lugar de trabajo por excelencia, y en la etapa republicana llegó a alcanzar los 15.000 volúmenes; para entonces se había convertido en una de las bibliotecas para mujeres

más sólidas de Europa. Una jovencita Victoria Kent tendría bajo su encargo el cuidado de la primera biblioteca y se ocupó de las primeras clasificaciones de libros y del pedido de las nuevas estanterías. En el primitivo reglamento era obligado ir a leer a la biblioteca y no se podían sacar los libros, porque se pensaba que tenerlos por las habitaciones fomentaba que las alumnas se quedaran hablando entre ellas y perdieran el tiempo. Más adelante, el funcionamiento cambió y se diversificó y en ella se implantarían los cursos de biblioteconomía que impulsaron la presencia femenina en la red pública de archivos, bibliotecas y museos.

El otro corazón científico de la Residencia hay que situarlo en el laboratorio, que llegaría a ser conocido como el *Laboratorio Foster* en honor a su primera directora, la norteamericana Mary Louise Foster. Sin duda ayudó a que un grupo destacado de mujeres desarrollaran una brillante carrera científica en los años treinta, para cuando ya era dirigido por científicas españolas —Rosa Herrera Montenegro, licenciada en Farmacia, y Carmen Gómez Escolar, auxiliar de química orgánica en la Universidad Central⁹.

Más allá de un cuidado aprendizaje científico y académico y de una educación cultural y física, ser residente implicaba participar de un estilo de vida emanado de la educación integral que preconizaba la ILE, al perseguir una distinción física y moral que también abarcaba el refinamiento y las buenas maneras. Ese refinamiento aunaba aspectos materiales del centro con la asunción de un comportamiento, unos valores y una forma de entender el mundo que, ya en su momento, se distinguió como «el espíritu de la Residencia» y que intento ir desgranando en los puntos de vista y actitudes que las residentes reflejan en su correspondencia y que, en su conjunto, se plasma en el sentimiento de formar parte de algo, lo que ellas denominaban *la Casa*, y una implicación que convierte la vida de la Residencia en una obra coral, que es la que este estudio quiere presentar.

En la materialidad, junto a la funcionalidad, luminosidad y modernidad del espacio mismo, como antes se mencionó, la excelencia pedagógica se plasmaba, igualmente, en la comodidad de la instalación, dotada de calefacción. El agua caliente y los baños y duchas junto a los dormitorios constituían otro de esos lujos des acostumbrados; pero sobresalía principalmente la disponibilidad de una cultura material inaccesible entonces en los hogares españoles: la cercanía a la música y a los discos, a los proyectores y colecciones de imágenes de ciudades y obras de arte, con las que explicar otros espacios. Con el mayor esmero se atendía tanto al cuidado de las flores en los salones como a las buenas maneras en el comedor: «La Residencia agradece a las señoritas que se cambien de traje para la comida de

⁹ Carmen Magallón, «El Laboratorio Foster de la Residencia de Señoritas: las relaciones de la JAE con el International Institute for Girls in Spain y la formación de las jóvenes científicas españolas», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. 59, núm. 2 (julio-diciembre de 2007), págs. 37-62.

la noche», incluye una directiva. Complementariamente, se prestaba mucha atención a la confección de menús variados y saludables, y, sobre todo, se aprovechaba cualquier oportunidad para incentivar la urbanidad y sociabilidad: por ejemplo, se sorteaban los puestos de las mesas del comedor tres veces en el curso para ampliar los círculos y favorecer los lazos entre residentes. En el mismo sentido, se impuso la costumbre de tomar el té, que se convirtió en ritual: con un té servido por las residentes fue obsequiado el presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, durante su visita a la institución en 1933.

Habituar a las jóvenes a la vida social era uno de los fines del esquema educativo residencial, por ello había una serie de fiestas a lo largo del curso: una en octubre, para recibir a las nuevas estudiantes, y otra en mayo, para despedir a las que concluían su estancia; además de varias celebraciones y veladas musicales, eventos sociales en los que se admitían acompañantes masculinos y se invitaba a reconocidas personalidades de la sociedad madrileña. No obstante, el sentido de la distinción resultaba compatible con la incorporación de las estudiantes al funcionamiento de la casa, incluso en las tareas físicas de gobierno y mantenimiento. Este sistema de incorporación del trabajo de las estudiantes —como docentes, en la gestión de la biblioteca, la secretaría, la contabilidad, el cuidado del jardín, el gobierno de los pabellones, la dirección de los cuatro grupos de residentes—, además de servir al aprendizaje global, posibilitó una reducción del coste del internado, favoreciendo que jóvenes prometedoras y trabajadoras de familias menos pudientes pudieran mantenerse en el centro.

Uno de los ejes que ha guiado esta investigación consiste en lograr precisar tanto ideológica como sociológicamente la procedencia familiar de las residentes. Llegados a este aspecto, los investigadores acuden a la propia explicación de la JAE en sus memorias y a las palabras de María de Maeztu en el sentido de abrir el centro a «hijas de familias modestas, de clase media, con sólido fondo de honradez y sinceridad y vivo deseo de crearse, con su trabajo, una posición independiente». Y no obstante, un grupo de en torno a un millar de estudiantes, como conjunto, no dejó de ser una élite, creo que no exactamente económica, pero sí una élite intelectual, una de esas minorías rectas y bien formadas para llegar a conducir el país en un futuro.

Estas jóvenes fueron entrenadas para la responsabilidad, el cumplimiento exacto, el esfuerzo continuado¹⁰, algo que podía pensarse como una receta de educar para el éxito en los ámbitos masculinos, pero nada habitual en la educación femenina, de la que la sociedad también espera menos. Este camino del perfecciona-

¹⁰ En ello hace hincapié el excelente estudio de Isabel Pérez-Villanueva, *La Residencia de Estudiantes, 1910-1936: grupo universitario y Residencia de Señoritas*, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2011. Esta investigación constituyó la impresionante tesis doctoral de la autora, defendida en la UNED en 1988 y publicada en primera edición en el 2000.

miento, la disciplina y el rendimiento docente conforma la vía de lo que he llamado educar para el éxito, y que también imbuía a la residente del «espíritu de la casa».

Siendo yo estudiante universitaria en Madrid, ganó el premio Adonáis Blanca Andreu con el poemario *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*¹¹. Muchos años después, esa misma niña es protagonista de este libro, una niña que soñó con habitar las estrellas y lo consiguió, porque la historia de la Residencia de Señoritas fue un éxito; otra cosa sería la historia de España, cuyo fracaso democrático se llevó por delante el proyecto de modernización educativa de la Junta para Ampliación de Estudios. Para seguir la trayectoria de esa niña ambiciosa —de esas jóvenes, en realidad—, utilizo el hilo de la correspondencia: básicamente la rica correspondencia del Archivo de la Residencia de Señoritas y, de forma complementaria, la conservada en los expedientes de la JAE. Para profundizar en algunas biografías he recurrido a la documentación personal del Archivo Histórico Nacional, Sección Universidades, a la del Archivo General de la Administración y, puntualmente, a instituciones muy concretas: el Archivo de la Diputación de Córdoba, el Colegio Oficial de Médicos de Huelva, la Real Academia Hispano-Americana de Cádiz, el Ayuntamiento de Higuera de Vargas, los institutos de bachillerato Santa Eulalia, de Mérida, y Aguilar Eslava, de Cabra. En todos estos centros he encontrado la más estrecha colaboración. En ocasiones he podido entrevistar a algunos familiares o conocidos de ciertas residentes.

La carta personal es un tipo de documento nacido para la intimidad. Voy a pedir al lector una lectura interactiva, es decir, que salte, al hilo de la narración, a un mundo de cartas: sí, saltemos a un mundo sin *emails*, sin móviles, sin *whatsapp*, con un uso muy restringido del teléfono convencional, fuera del alcance de la mayoría de los hogares —de hecho, apenas se habla de la comunicación telefónica en esta extensa correspondencia—, aunque la *Resi* —así la llamaban las estudiantes— tenía teléfono¹². La carta era, pues, la reina de las comunicaciones. Pensemos en una auténtica carta, dirigida a alguien a quien deseamos informar de nuestras necesidades, motivaciones, deseos, preocupaciones o sueños. Estamos ante un epistolario que se desarrolla entre una esfera profesional y otra más cálida, dictada por los sentimientos de respeto, admiración y amistad. Pensemos, luego, en los ritmos de una carta; las cartas requerían un tiempo de espera... Alguien envía sus palabras y aguarda una respuesta que podía tardar semanas. El tiempo personal y el social discurrían a paso muy lento, comparado con hoy. Las cartas se escribían con sosiego y para que sintamos esa quietud se ha de esforzar mucho

¹¹ Blanca Andreu, *De una niña de provincias que se vino a vivir en un Chagall*, Madrid, Rialp, colección Adonáis, 1980.

¹² El número 21-28J. Indica Pérez-Villanueva que su uso estuvo muy regulado y que la comunicación no podía prolongarse más de tres minutos, 2011, pág. 647.

nuestra imaginación, incluso se dejaban a medias para ser retomadas otro día: ¿cuándo recibimos la última carta que no fuera comercial o de un banco? ¿Cuándo escribimos la última? Los más jóvenes puede que no hayan escrito ninguna.

Cuando se escribe una carta, una está a solas consigo misma, pero a la vez está pensando en el otro; hay, por tanto, dos procesos simultáneos, el de la reflexión y el de la comunicación sin la presión de otra presencia, que existe, aunque ausente. La carta recibe, así, matices y confesiones que una comunicación oral o presencial, más espontánea, no recoge. Además, la recreación del receptor permite intensificar las sensaciones, aproximarse al otro por encima del espacio y del tiempo. Por otra parte, una carta del primer tercio del siglo xx queda también sujeta a los convencionalismos sociales, porque en su mayoría esta correspondencia procede de una comunicación entre personas colocadas en ámbitos desiguales, entre profesora y alumna, o bien se origina en la relación entre la dirección y la secretaria de la Residencia, María de Maeztu y Eulalia Lapresta, y el entorno familiar de las estudiantes o con el secretario de la JAE, José Castillejo.

A lo largo de su estancia, las jóvenes establecen un estrecho vínculo con el proyecto de la Residencia y la carta alimenta esa relación. Las residentes no escriben solo por motivos académicos, sino que se relacionan mediante cartas: se escribe al llegar a casa para contar cómo ha sido el viaje y cómo se ha encontrado a la familia; se escribe en verano para contar los planes. Se escribe cuando se está en el extranjero comentando todo lo que llama la atención. Se escribe cuando se han terminado los estudios, compartiendo los planes profesionales, se escribe recomendando a hermanas, primas, amigas, conocidas. Se escribe a lo largo de la vida, reflexionando acerca de para qué sirvieron los años de estudiante. O por nada, como explica muy bien Dolores Guzmán de Granada: «[17 de julio de 1917] Querida profesora: Escribo sencillamente porque me acuerdo mucho de usted y de la casa y realmente no puede ser de otra manera después del tiempo que he pasado con ustedes y de la manera como lo he pasado» (ARS, 33/94/1). En cuanto a ciertas pasiones omnipresentes en las dinámicas de grupo como amor, celos, envidias, rechazos..., han dejado un rastro menor en esta correspondencia; una lectura atenta del conjunto permite, no obstante, ir descubriendo ciertos casos de insatisfacción, frustración o, abiertamente, enfados que también se van tratando a lo largo del texto.

Por otra parte, el propio soporte de papel ofrece información sustancial: era muy frecuente utilizar el papel timbrado, con lo cual se tiene datado el negocio familiar o la profesión paterna. Pero las estudiantes siguen escribiendo ya convertidas en profesionales y podemos encontrarlas empleando, luego, su propio papel timbrado como médicas o farmacéuticas, etc., o el de las instituciones en donde trabajan: colegios, institutos, bibliotecas, oficinas administrativas, etc.

A veces, lo que llegaba por carta era una invitación de boda, por ejemplo, la de Trinidad Rivas. En 1923, Pilar y Trinidad Rivas, hijas de Enrique Rivas Bel-

trán, empresario librero de Málaga, llegaron a la Residencia; nueve años después, los padres enviaban a María de Maeztu la participación de bodas de su hija Trinidad. Sin embargo, lo que más llama la atención en un rápido repaso visual es la abundancia de las cartas ribeteadas de luto, y es que la muerte forma parte de la vida y convivía con el grupo, a pesar de su juventud.

Las cartas se pierden y con ellas parte de los sentimientos que llevaban... Todos nos preguntamos por dónde navegan los *emails* que nunca alcanzan su destino. Las cartas que no acaban su viaje han proporcionado un tema habitual en la literatura y el cine. Tal vez en el funcionamiento de la Residencia no supusieran un desastre vital, pero siempre ocasionaban enfado y molestia: «[12 de septiembre de 1922] No se refiere en la suya a una carta de mi madre y mía, creo era del 7 del pasado y en ella le daba mi madre las gracias por todas las atenciones que he recibido en esa Residencia [...]. Quizás con los jaleos que hubo en Correos se perdería» (ARS, 37/66/5) —decía Anita Martínez desde Almería.

Más allá de lo que cuenten, las cartas responden a nuestras preguntas de hoy. Sobre todo, por qué y para qué, en contra de convencionalismos y prejuicios, estas jóvenes quieren estudiar y se marchan a Madrid. Quiénes son y de dónde proceden. Qué les sucede en estos años y cómo reaccionan. Es decir, que sometemos las cartas a una lectura actual, pero quiero conservar, a pesar de ello, su lenguaje —el tono cercano, la naturalidad, la confianza— y huir de una expresión académica que marque distancia y artificio.

He utilizado las cartas no para interesarme por las instituciones, sino para ponerlas a ellas, a las estudiantes, en el centro de atención y seguir, se podría decir, escuchando sus palabras¹³. Ante un documento así, el investigador tiene la capacidad de revitalizar la voluntad comunicativa inicial, y he optado por construir el análisis sobre las citas originales, evitando parafrasear los contenidos, lo que podría apresurar el ritmo narrativo, asumiendo el riesgo de sonar reiterativa. He buscado salvaguardar el diálogo, en distinto tiempo y espacio, que pretende toda carta. En el caso de la Residencia, tanto María de Maeztu como Eulalia Lapresta respondían con puntualidad a sus interlocutores, lo que nos permite, con cierta

¹³ Si este planteamiento es viable se debe a las investigaciones desarrolladas por Isabel Pérez-Villanueva Tovar y Raquel Vázquez Ramil, a cuyos estudios se ha hecho referencia, al igual que a la información de la exposición *Mujeres en vanguardia*, <http://www.residencia.csic.es/expomujeres/expo.htm> (consultado 16/5/2022). Véase también Almudena de la Cueva y Margarita Márquez, *Mujeres en vanguardia: la Residencia de Señoritas en su centenario (1915-1936)*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2016. En el marco del centenario de la Residencia se publicó, así mismo, Josefina Cuesta, M.^a José Turrión y Rosa Merino (eds.), *La Residencia de Señoritas y otras redes culturales femeninas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2015. Del mismo modo, me han sido muy útiles los trabajos de Álvaro Ribagorda, entre otros, «La ciencia española en la Segunda República y la historiografía», *Revista de Historiografía*, núm. 29 (2018), págs. 119-140.

frecuencia, participar en el intercambio. No resulta excepcional, y con ello aumenta el valor de esta documentación, encontrar las misivas cruzadas entre ambas partes; lógicamente, aunque las cartas originales partieron hacia sus destinos, en la secretaría se conservó la copia al carboncillo, otra práctica que los jóvenes actuales ignorarán.

Analizar una correspondencia nos lleva a un pasado individual, pero al ser esta una correspondencia tan numerosa, he querido construir no una suma de biografías, sino, en cierta manera, una biografía colectiva, es decir, un retrato del conjunto de las residentes. Ese retrato arranca con la llegada al centro, a través de la correspondencia con las familias, sobre todo, con los padres; prosigue indagando en los costes de esta decisión para algunas familias y la vía que Maeztu encontró para reducir esas facturas: incorporar a las estudiantes a la organización y el funcionamiento del centro, de forma que un grupo numeroso estudiaba y trabajaba a la vez. Ya dije que abundaban las cartas de luto, así que también era necesario recoger el dolor. Se ha colocado a la Residencia, o mejor a su directora, en el centro de una red de relaciones sociales, amistades y colaboraciones que sostienen, conforme a la época, un denso intercambio de influencias y favores que rodeaban casi cualquier paso en la vida profesional y en la social también. Para tener éxito había que desearlo con fuerza, estas jóvenes luchaban por ser alguien en la vida y la Residencia les proporcionó el camino, un camino que las convirtió en cultas, modernas y viajeras. He dejado los viajes para el final, porque en no pocos casos abrieron la puerta al exilio.

Con independencia de esos temas que estructuran la obra, el texto queda recorrido de principio a fin por una serie de hilos transversales abiertos a la reflexión del lector, todos ellos sustanciales para comprender la revolución femenina del primer tercio del siglo xx. Hablando de revolución, uno de esos hilos va destacando el poder revolucionario de la educación. La Residencia se convirtió en pieza fundamental en el proyecto institucionista de la progresiva extensión de la educación por toda la geografía; como una onda expansiva, las estudiantes formadas en la moderna pedagogía se transformaron en sujetos activos contra el analfabetismo. Más aún, este hilo va dibujando el compromiso de unas mujeres españolas de clase media con la educación popular: se estableció una alianza de clases en pro de la dignidad humana, mediante la educación. He trazado un segundo hilo en torno al deseo, desear ser. Enseñar a desear resulta parte esencial de la educación: dónde encontrar los modelos con los que identificarse, cómo crear las expectativas para fomentar la ambición y estimular los esfuerzos. La Residencia trazó un horizonte de expectativas. El esfuerzo mismo se configura como un hilo más: trazar planes y alcanzarlos no depende de más fórmula mágica que la del esfuerzo, esta es la historia de muchas jóvenes esforzadas y, por tanto, disciplinadas.

Expectativas, metas, disciplina en los años veinte y treinta... En eso consistía entonces el feminismo —un hilo más—, en la búsqueda de independencia a tra-

vés del trabajo y el conocimiento, en adquirir libertad de movimientos, vida social, reconocimiento. La camaradería —no me gusta el término sororidad, lo asocio a convento—, el apoyo entre compañeras y profesionales, la amistad femenina, la admiración revelan actitudes que confluyen en el feminismo, compatible con que el estado deseable para la mayoría siguiera siendo el matrimonio. Cité antes a Carmen de Munárriz y recurro de nuevo a su artículo sobre la vida interior de la Residencia, ella que vivía dentro deja escrito que, siendo el centro un lugar lleno de jóvenes, era normal que «el amor interese por lo menos tanto como la Química, el Derecho romano y la Historia de la Pedagogía. Casi todas tienen novio [...]»¹⁴. Algunas de ellas se casaron con los vecinos de la otra Residencia, no obstante, una proporción elevada de las que ejercieron profesionalmente permaneció soltera. Hoy sabemos que en la casa también se sintió el amor lésbico —Victoria Kent, Maruja Mallo, Elena Fortún, Carmen Conde—, en las cartas se intuye algún indicio, pero tan solo se constatan amistades fuertes. De estos casos de amor prohibido —entonces— más bien habla el silencio.

Corrieron malos tiempos para el liberalismo que sustentaban la ILE y la JAE, y en el interior de la Residencia, un centro oficialmente laico y liberal, el proyecto educativo y el feminista colisionó con la progresiva polarización entre fascismo y antifascismo. El análisis del compromiso político constituye otro gran eje transversal de la investigación: las antiguas amigas y las compañeras de estudio terminaron militando en la Falange o en el PCE; se integraron en la administración franquista o marcharon al exilio, en otra versión de *la falangista y la roja* tantas veces vista en la historia de España¹⁵.

Algunas de las residentes han entrado, por fin, en la historia cultural española de los años veinte y treinta: Carmen Conde, Delhy Tejero, Alfonsa de la Torre, Elena Fortún, Marina Romero. Con ellas convivieron personalidades sobresalientes: Victoria Kent, Matilde Huici, Josefina Carabias. En la Residencia dieron clases Isabel de Oyarzábal Smith, María Zambrano, Victorina Durán o María Luz Morales. En definitiva, en los dormitorios, salones y jardines pasaron años de juventud algo más de una decena de *Sinsombreros* que componen la escenografía de esta obra, cuyo protagonismo principal recae, no obstante, en los centenares de mujeres *modernas* que plantaron su libertad por los múltiples rincones de España y de las que se ignora casi todo. Probablemente porque, insisto, si la historia de la *Resi* fue un éxito no así la de España. De ellas me ocupo.

Me encantan los largos paseos, soy una caminante; cuando imagino que algún día este texto será un libro, creo que algunas de sus páginas tendrán sabor a sal,

¹⁴ Carmen de Munárriz, *op. cit.*

¹⁵ Inmaculada de la Fuente, *La roja y la falangista: dos hermanas en la España del 36*, Barcelona, Planeta, 2006.

porque las palabras finales para muchas ideas las trajeron las olas en mis largos paseos por las playas del Puerto de Santa María. Por motivos personales me paso media vida —*vivo*— en la carretera, también sabrán a curva y paisaje. He escrito un libro de viajes, aquel —geográfico e interior a la vez— que comenzó cada estudiante cuando subió al automóvil o al tren y se dirigió a Madrid.

He de confesar que esta investigación se ha apoderado de mí; después de leer cartas o de escribir sobre ellas, me costaba volver a *mi realidad* y he aburrido a mi familia y a los amigos y compañeros con mis relatos: a todos ellos les agradezco su paciencia y su buen humor para escucharme. Quiero recordar, en particular, el continuo interés de Juan Sisinio Pérez Garzón y la lectura atenta de Alicia Almárcegui y Montserrat Huguet.

Durante años he acudido a diversos archivos; particularmente en la Biblioteca-Archivo de la Fundación José Ortega y Gasset y Gregorio Marañón, Jorge Magdaleno, Carmen Ibáñez y M.^a Luisa Fernández Rueda me han prestado un apoyo que excedía sus tareas de técnicos, al igual que Almudena de la Cueva en la Residencia de Estudiantes. En ocasiones, he accedido a los recuerdos que sobre algunas estudiantes conservaban amigos y familia; es el caso de Carmen Guerra San Martín —Ramón Rodríguez Álvarez—, Antonina Sanjurjo Aranaz —Santiago González y Tachi Novoa Sanjurjo—, María e Inés García Escalera —Guillermo García Manrique—, M.^a Dolores Saudiel —Margarita Lobo Sanz—, Consuelo Gómez Pérez —Enrique Bracho Gómez y Jesús Estepa Giménez— y Elena Felipe —M.^a Dolores Salguero—: agradezco a cada uno su tiempo y la sensibilidad. Esta investigación tuvo su origen en un pequeño proyecto financiado por el Centro de Estudios Andaluces y, en su etapa final, la Universidad de Huelva me concedió lo que más necesitaba para terminarlo, tiempo. Agradezco a las dos instituciones su confianza.